

IDENTIFICACIÓN E IDENTIDAD

LUIS FERNANDO ARÉVALO

I. INTRODUCCIÓN

La hipótesis que orienta esta reflexión plantea que el concepto de identidad, confundido algunas veces con el proceso de identificación, se distingue de este último porque corresponde a una parte o su resultado, hecho que configura la identidad como un signo discursivo erigido en la interacción social.

Como punto de partida para elucidar la hipótesis, consideramos, en primer lugar, la postura de Greimas y Courtés (1990:212-213), quienes sugieren la identificación como una de las fases del hacer interpretativo del enunciatario cuando identifica el universo del discurso (o una parte de este universo) con su propio universo. En este sentido, la identificación no ha sido suficientemente explorada. A lo anterior se agrega, por un lado, que la identificación implica el reconocimiento de la identidad de dos objetos, presupone su alteridad y es una operación, entre otras, para construir el objeto semiótico; por otra parte, “la identificación será una operación, asumida por un observador, consistente en el reconocimiento de la coherencia de los diversos roles sucesivos asumidos por un mismo actor” (Fontanille 1991:135). De manera complementaria, Arfuch (2002:21-22) propone que “[e]l concepto psicoanalítico de identificación, retomado, aun de modo orientativo en su matriz freudiana (“la más temprana expresión de un lazo emocional con otra persona”, lazo de amor/odio, según el modelo edípico), apunta a dar cuenta de esa relación de desajuste, necesariamente

ambivalente, donde las partes no se subsumen una en otra. “La identificación –afirma Hall– es un proceso de articulación, de sutura (...) Hay siempre ‘demasiado’ o ‘demasiado poco’ –una sobredeterminación o una falta, pero nunca una adecuación perfecta, una totalidad”.

En segunda instancia, como parte o producto de la operación de identificación, aparece la identidad como “el principio de permanencia que permite al individuo permanecer el “mismo”, “persistir en su ser” a lo largo de su existencia narrativa a pesar de los cambios que provoca o sufre” (Greimas y Courtés 1990:213).

En tercer lugar, se ilustran las diferencias y relaciones entre el proceso de identificación y la identidad a través de la construcción discursiva e identitaria de Campo Elías, actor fundamental de la novela *Satanás*, del escritor colombiano Mario Mendoza, específicamente en los capítulos V y X, titulados “Diario de un futuro asesino” y “Satanás”. La obra, inspirada en la masacre ocurrida en el restaurante Pozzetto de Bogotá en diciembre de 1986, se compone de diez capítulos y un epílogo. El actor citado es un militar retirado del ejército de Estados Unidos, ex combatiente de la guerra de Vietnam, estudiante de lenguas modernas y profesor de clases particulares de inglés, seguidor de la obra *El extraño caso del Doctor Jekyll y Mister Hyde*, de Robert Louis Stevenson. La singular identidad de Campo Elías lo conduce a establecer relaciones polémicas con la mayoría de las personas con las que interactúa, convirtiéndose finalmente en asesino y suicida.

2. LA IDENTIFICACIÓN COMO PROCESO

Dar cuenta de la identificación implica considerar el hacer interpretativo de un enunciatario, es decir, el hacer cognoscitivo y evaluativo de un sujeto que acepta el contrato sugerido por un discurso. En tal sentido, la escritura del diario de Campo Elías ilustra la generación de un enunciado para otros o para sí mismo y en ese proceso, el actor citado asume los roles de manipulado y enunciatario de su discurso escrito y de su vida, la cual se configura como un enunciado que accede interpretar, al respecto, Ricoeur (2003), citando a Proust, manifiesta que “el sujeto aparece constituido a la vez como lector y escritor de su propia vida”. En efecto, cuando Campo Elías expresa que “el inicio de un diario es un ejercicio cotidiano de introspección...” (Mendoza, 2002:121), se presenta como un sujeto cognitivo observador y enunciatario de actos y estados, propios y ajenos.

Obtenemos así un elemento clave para describir la operación de identificación: el enunciatario-observador Campo Elías. Ahora consideremos el reconocimiento de la identidad de dos objetos por parte del sujeto observador. En nuestro caso, el actor focaliza e identifica varios objetos, él mismo y otros sujetos: “... estoy por fuera, flotante, periférico, y observo desde mi lejanía el comportamiento de aquellos que me rodean y no de me identifico con ellos. Los veo como bichos de otra especie, como animales

raros cuya conducta no deja de sorprenderme” (121). Se destaca que según el diario, “los otros” o “la sociedad” corresponden a figuras que percibe y genera Campo Elías para establecer la alteridad, agrupándolas, sin distinción de clase, orden, cantidad u otra característica, en un conglomerado de sujetos que forman parte de su círculo social, entre ellos su vecina, una compañera de estudio, pordioseros, políticos, sacerdotes, el presidente de la República, entre muchos otros.

Asimismo, se presenta otra observación de Campo Elías: la existencia de otros en un sí mismo. Varios sujetos se configuran y habitan el yo del actor; tal es el caso de un escritor y de un hombre de acción: “... durante años yo quise ser un escritor y soñé con escribir novelas y largos ensayos. Pero la verdad es que escribir me aburre y me parece una tarea absurda. Al fin y al cabo yo nunca he sido un hombre de reflexión, sino de acción” (149). Otro caso es del profesor y el militar: “Dos hermanos con el rostro idéntico que viven dentro de nosotros. Sí, perfecto. El militar y el miserable profesor de inglés” (264). De lo anterior obtenemos algunas parejas de objetos que, al ser proyectadas en las categorías típicas euforia-disforia, evidencian las valoraciones positivas y negativas que están en la base de la generación e interpretación del discurso y del proceso de identificación que realiza Campo Elías:

Euforia (valor +)	Disforia (valor -)
Yo (Campo Elías)	Ellos (la sociedad)
Hombre de acción	Escritor
Militar	Profesor de inglés

Desde lo expresado, es pertinente preguntarnos: ¿de dónde surgen las valoraciones descritas? El análisis de la historia permite responder que el enunciatario-observador Campo Elías instauro roles estables asumidos por los actores-objeto de su identificación de la siguiente manera: la sociedad, el escritor y el profesor de inglés, siempre son sus antisujetos: “Cada vez que salgo con una mujer me tropiezo con su arribismo, con sus siniestros intereses económicos (...) me enferma su actitud capitalista, clasista, de una superficialidad asfixiante e insoportable” (128); son objetos deseados pero no alcanzados “Campo Elías sopesa las posibilidades y concluye que, por encima de todo, le hubiera gustado ser este tercer hombre, el de los libros y las bibliotecas” (...) (270); o son objetos conjuntos a valores negativos para el observador judicador (...) “el miserable profesor de inglés. Ya me cansé de representar el papel del buen hombre que anhela ser aceptado por el rebaño, el decente trabajador que desea ingresar en el redil y que lo dejen permanecer allí con las demás ovejas” (264). En contraste, el yo, como hombre de acción y militar, es un objeto investido de valores positivos para Campo Elías y un sujeto de hacer exitoso: “Éste es el destino de los guerreros: casarnos con la muerte. Nuestra mujer ideal, nuestra más fiel esposa. Hoy he vuelto a renovar los votos de este sagrado

matrimonio”; “Extraño la acción, las emboscadas, los disparos, la sangre de esos cabrones...” (264-287).

Es evidente, entonces, que en la experiencia de identificación de Campo Elías se origina un proceso de racionalización en el cual, basándonos en Baena (1989:13), se establece un contenido de verdad o juicio epistémico, se enriquecen y re-elaboran las representaciones o figuras con acuerdo a las leyes fundamentales de la lógica: ley de identidad, ley de contradicción, ley de tercero excluido y ley de razón suficiente. La historia permite observar cómo Campo Elías racionaliza:

Ley de identidad: $A = A$, yo (A) es igual al militar, al guerrero (A), “yo soy el asesino, yo soy el que los hiere y los extermina”; “Piensa: El ángel exterminador, el guerrero que debe purificar al mundo de todos sus pecados. Debo cumplir con mi misión. No puedo fallar”; “Se mira en el espejo y dice en voz alta: - Llegó el fin del mundo, sargento.” (148, 284, 290)

Ley de contradicción: es imposible que A sea B y no sea B. No puede darse que el yo – militar (A) sea y no sea el yo - profesor, “el decente trabajador”, el hombre de letras (B), “Extraño la acción, las emboscadas, los disparos, la sangre de esos cabrones, las aldeas arrasadas, los innumerables muertos que dejábamos a nuestro paso. No creo que aguante ahora un empleo normal, una familia, unos vecinos amigables y un cheque al final del mes. Me moriría de tedio”. (141)

Ley de tercero excluido: todo tiene que ser o no ser, A es B o A no es B. “Vuelve a mirar el libro y se concentra de nuevo en la lectura: la maldición del ser humano consiste en que estos dos incompatibles gusanos estén encerrados en la misma crisálida, mellizos de antípodas perpetuamente en lucha en el seno de la conciencia. De modo que, ¿cómo dissociarlos? Se recuesta en el asiento y observa la pared distraído, pensativo. Dos hermanos con el rostro idéntico que viven dentro de nosotros. Sí, perfecto. El militar y el miserable profesor de inglés. Ya me cansé de representar el papel del buen hombre que anhela ser aceptado por el rebaño, el decente trabajador que desea ingresar en el redil que lo dejen permanecer allí con las demás ovejas. No, vamos a darle rienda suelta al otro, al hábil, al diestro, al listo de la familia, al gemelo astuto que les dará a los demás una lección de osadía y temeridad.” (264)

Ley de razón suficiente: “todo objeto debe tener una razón suficiente que lo explique”, “nada existe sin una causa o razón determinante”. Campo Elías encontró la razón de su estado en el destino, “Octubre 24: el 24 de octubre de 1970 llegué a Nueva York. Me puse en contacto con unos amigos que trabajaban en la CIA. Ellos me recomendaron un apoyo espiritual: la Organización Rosacruz, con sede en California. Varios ex combatientes de Vietnam, agentes del FBI y de la CIA pertenecían a esta gigantesca orden internacional. Gracias a este acercamiento descubrí que mi vida actual no es más que el pálido reflejo de mi vida pasada. Una noche, un maestro rosacruz me dijo: –No es ésta la primera vez que está usted en este mundo. –Sospecho algo así –comenté. –¿has tenido visiones? –sueños.

-¿De guerra? –Recorro campos de batalla llenos de cadáveres. –¿Te gusta estar solo? –Mucho. –¿Tienes facilidad para las armas de fuego y los puñales? –Fui el mejor de mi división. –¿Disfrutas los combates? –Me siento bien cuando hay acción. –No siento miedo cuando estás frente al enemigo... –Ninguno. –Tú estás llamado a cumplir un destino militar. Ven, cierra los ojos y relájate un minuto –me ordenó.”; “Octubre 31: Qué casualidad, justo hoy, el día de las brujas, recibí un mensaje de mi maestro rosacruz que dice: “eres un soldado, recuérdalo bien. Estás entrenado para combatir, eres una máquina de guerra y no otra cosa. No puedes eludir tu destino” (139-145)

Conexo a la racionalización, se genera un proceso evaluativo, de naturaleza axiológica y pasional, que sume a Campo Elías en conflictos internos y externos, permanentes contradicciones y ambivalencias tónicas entre la euforia y la disforia que se manifiestan así: “Y sí, eso es lo que soy, un solitario sin remedio, porque por más que intento acercarme a los otros y entablar con ellos alguna relación duradera, no lo logro. No sé qué pasa conmigo”; “Estoy sufriendo de depresiones agudas que me obligan a encerrarme en mi habitación durante horas. Cuando estoy frente al espejo sólo veo un pedazo de mierda” (121-145). La crisis del yo busca subsanarse y la deliberación íntima de Campo Elías permite una axiologización y una toma de posición llamada identidad.

3. LA DECISIÓN: LA IDENTIDAD

La decisión no ha sido fácil para el yo de Campo Elías, el proceso de identificación le ha permitido cuestionarse sobre su existencia, lo ha ubicado frente a alteridades que han hecho emerger el interrogante sobre el yo que se diferencia del otro; así “cuando esta vida se ve perturbada, sea por conflictos personales o sociales (dominancia de los procesos de transformación), las identidades entran en crisis, lo que las lleva al primer plano: para hacer frente a las nuevas circunstancias, el sujeto debe proceder a reajustar sus identidades. La identidad –dice Jean-Claude Kaufmann– se organiza alrededor de una dinámica contradictoria. Es simultáneamente lo que le permite al ego unificarse, dar sentido relativamente coherente a su vida, y lo que le permite, a la inversa, provocar desfases respecto de los considerandos de la socialización, de inventarse diferente. Según que nos situemos en uno o en otro polo de la contradicción, la perspectiva identitaria es radicalmente diferente” (Serrano, 2005:102). El pensamiento de Campo Elías ilustra la perturbación y decisión, “... Una pluralidad, una multitud, un gentío habitándonos por dentro. La identidad como una multiplicidad de entidades que luchan dentro de nosotros por sobresalir. ¿Cuál triunfa dentro de mí? ¿Cuál se apoderará de mi voluntad? El soldado, el guerrero, el vengador, el combatiente, el estratega. Ya no más esta vida infame, llena de oprobio e ignominia. Ha llegado la hora de demostrar lo que somos” (264).

El yo de Campo Elías se ha identificado y unificado en un soldado, guerrero y vengador que le da coherencia a su vida. El discurso enunciado en su pensamiento

y escrito en su diario le ha permitido ser enunciatario de su existencia narrada para evaluar y definir que su identidad o el principio que permanece y persiste en su ser, a pesar de las transformaciones vividas y de los discursos propios y ajenos, es el de sujeto de acción y de guerra; confirmamos así con Ricoeur (2003), que “[l]a historia narrada dice el *quién* de la acción. *Por lo tanto, la propia identidad del quién no es más que una identidad narrativa*” o discursiva.

4. CONCLUSIONES

En consecuencia, podemos empezar a sugerir la identidad como un signo discursivo, es decir, como una construcción compleja, de naturaleza relacional y erigida en la interacción social. Signo en tanto es expresión y contenido para el yo y para la sociedad, quienes asumiendo los roles de enunciadore/s/enunciatarios, manipuladore/s/manipulados y judicadore/s de sus vidas y las ajenas, determinan las acciones y estados del yo. La complejidad de la edificación identitaria radica en la borrosa frontera entre lo subjetivo y lo social, la alteridad¹ que genera descentramientos y tensiones en el yo, y la concomitancia de la cognición, axiología y pasiones del sujeto durante el proceso de identificación.

Por otra parte, es posible diferenciar y relacionar identificación como proceso e identidad como parte o resultado. La identificación implica procesos de racionalización y evaluación que comprenden la generación e interpretación de un discurso, el cual manipula o moviliza al yo y a los demás hacia una observación. En esta apropiación y transformación del saber, los sujetos discursivos comparan y contrastan acciones o estados enunciados para determinar y evaluar los roles estables de los sujetos de hacer o de estado y establecer su identidad. Sin el ánimo de sugerir una linealidad del proceso, lo visualizamos de la siguiente manera:



Finalmente, se puede afirmar que todo proceso de identificación y su resultado, la identidad, parte de una base discursiva instaurada por la cadena enunciativa que se teje en la interacción social de los sujetos, de tal forma, acordamos con la tesis de Arfuch (2002:22), que: “No hay entonces identidad por fuera de la representación, es decir, de la narrativización –necesariamente ficcional– del sí mismo, individual o colectivo (...) Esa dimensión narrativa, simbólica, de la identidad, el hecho de que esta se construya en el discurso y no por fuera de él, en algún universo de propiedades ya dadas, coloca la cuestión de la interdiscursividad social, de las prácticas y estrategias enunciativas, en un primer plano”.

NOTAS

¹ Asimismo, sobre la complejidad de la alteridad, Gergen (1997:285) citando a Geertz, dice: “Vernos tal como nos ven los otros puede abrirnos los ojos. Ver que los demás poseen una naturaleza semejante a la nuestra es lo menos que aconseja la decencia. Pero es mucho más difícil vernos entre los demás, como un ejemplo de las formas que ha adoptado en este lugar la vida humana, un caso entre otros casos, un mundo entre otros mundos”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARFUCH, LEONOR (comp.) (2002) *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- BAENA, LUIS Ángel (1989) “El lenguaje y la significación” en No 17 *Revista Lenguaje*: 13.
- BAJTÍN, M. (1982) *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI Editores.
- GERGEN, KENNETH (1997) *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.
- GREIMAS, ALGIRDAS, COURTÉS, JOSEPH (1990, 1991) *Diccionario Razonado de la Teoría del Lenguaje*, Vol. I y Vol. II. Madrid: Gredos.
- MENDOZA, MARIO (2002) *Satanás*. Bogotá: Editorial Planeta.
- RICOEUR, PAUL (2003) *Tiempo y narración* III. México: Siglo XXI Editores.
- SERRANO OREJUELA, EDUARDO (2005) *Narración, argumentación y construcción de identidad*, en Didáctica del Discurso, Cali, Universidad del Valle - Cátedra Unesco para la Lectura y la Escritura.